

>

C

O

N

C

U

R

S

O

S

Y

C

E

R

T

Á

M

E

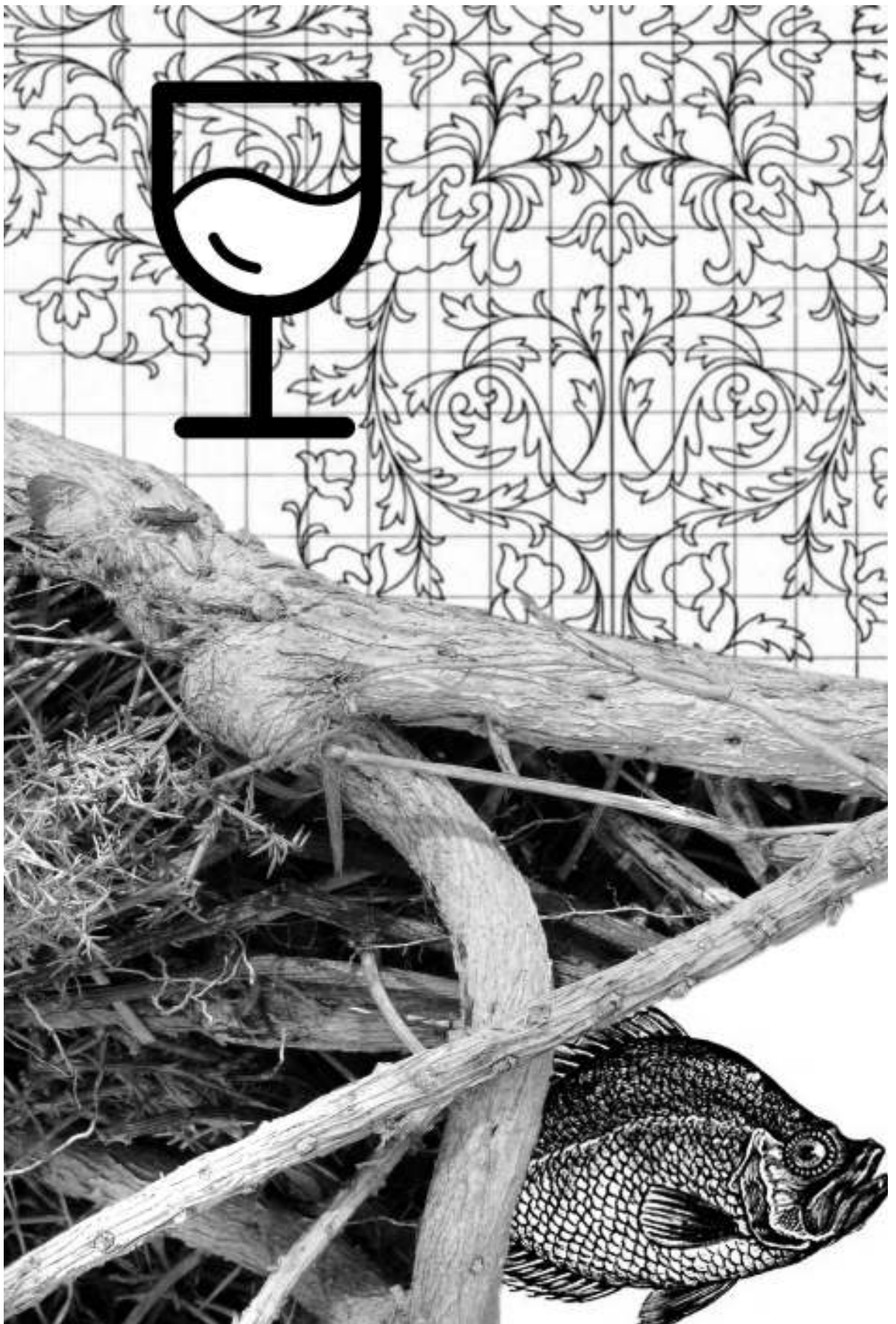
N

E

S

**XX CONCURSO INTERNACIONAL
DE RELATOS CORTOS
“JUAN MARTÍN SAURAS”**

ILUSTRACIONES: MANUEL GRACIA GASCÓN



Primer Premio

Cuero azul con cordones de raso

Amaya Nogueira Rodríguez

Cuando se enfrentó a la visión de aquella montaña de zapatos a través del cristal, sintió que el momento anhelado se aproximaba. Otras personas merodeaban a su alrededor, se detenían, al igual que él, frente al falso escaparate, mostrando diferentes reacciones, pero ninguna semejante a la suya, aunque su rostro impávido apenas evidenciase el aluvión de sentimientos y recuerdos que aquella forma captada por la retina había provocado en su memoria y su corazón de casi ochenta años. Ni siquiera cuando vio la nítida imagen en un reportaje de televisión, semanas antes, sintió una impresión tan fuerte como la sufrida al encontrarse a escasos dos metros de su objetivo.

Sabía que debía aguardar pacientemente hasta que se vaciara la sala. Estaba tan cerca..., pero desde allí no era capaz de encontrarlos; el encuadre de la cámara se había movido continuamente y no le permitió adivinar el ángulo exacto desde donde fueron tomadas las imágenes, pero estaba seguro de que se hallaban allí y se disponía a comprobarlo.

Algunos de los presentes intentaban tomar fotos peleándose con el reflejo del cristal, otros se limitaban a pasar de largo; puede que para ellos los zapatos no resultaran importantes o la dureza de su significado, vacíos, sin dueño, fuera demasiado impactante para enfrentarse a aquella imagen tan real. Una mujer, de casi su misma edad, lo miró taxativamente, quizás escudriñando en lo más profundo de sus ojos la intención o perdiéndose en una neblina de recuerdos muchas veces distorsionados por el paso del tiempo, otras, postergados a la fuerza, para poder seguir caminando. Pero a él no se le había olvidado nada, ni una cara, ni un nombre, ni unos zapatos.

La sala vacía, después de la visita de un grupo de jóvenes que apenas miraron hacia el cristal ni repararon en la presencia del pensativo viejo, permitió que él alcanzara su momento de gloria, una oportunidad para entrar en acción; más ágilmente de lo que se había mostrado durante la mañana, alcanzó la única puerta que daba entrada y salida a la habitación. La cerró suavemente, luego, tal y como había planeado desde que estudió el lugar a través de fotografías y vídeos, sacó del bolsillo del abrigo una estrecha cadena con dos candados. Temblándole las manos, más por el nerviosismo que por la edad, atrapó a un lado un barrote de la puerta y al otro, el tubo de la calefacción que pasaba cerca, de tal forma que aquello impidiese abrir desde el exterior y acceder al recinto donde él se encontraba. Era

AMAYA NOGUEIRA RODRÍGUEZ nació en León en 1974. Realizó estudios de Magisterio en la especialidad de Filología Inglesa. Vivió en Francia y Estados Unidos y, actualmente, ejerce como maestra de un colegio rural en la provincia de León, trabajo que compagina con su faceta de escritora.

Entre los galardones obtenidos por su labor literaria destacan los primeros premios del Certamen de Relato Corto de la Asociación de Parkinson Astorga (2011), del Concurso de Relatos y Poesía Elena Yugueros (2013) y el Concurso de cuentos infantiles de la editorial La Perea, de Miami (2013).

consciente de que esa pequeña maniobra no iba a representar un gran obstáculo para los guardias de seguridad, pero confiaba en que los despistados visitantes no se percataran tan rápido de que aquella puerta formaba parte del recorrido y cuando se dieran cuenta le hubiesen regalado unos minutos preciosos para acometer su misión.

Porque lo que estaba ocurriendo dentro de aquel cuarto de paredes blancas, asépticas, era mucho más que una alteración del orden, una intromisión, el rapto de aquel espacio que no le pertenecía, o sí. Quizás a él, más que a nadie en el mundo, le correspondía; puede que no todo el espacio, pero sí lo que representaba y, más precisamente, uno de los objetos que contenía. La acción significaba una recuperación de su vida, de su dignidad e integridad como persona, una rebelión contra el olvido y la ignominia, porque, a pesar de sus años, él quería seguir luchando.

Se acercó con tanta rapidez al cristal que ni siquiera se apoyó en el bastón de madera de olivo que había soportado su persona durante los últimos veinte años. La puerta que daba paso al otro lado del escaparate tenía una simple cerradura que no suponía un problema para aquel hombre con gran experiencia en herramientas, a pesar de la pérdida de reflejos y visión. Sacó del bolsillo una pequeña llave de especial estructura y la introdujo en el ojo de la cerradura mientras ya oía a los primeros visitantes intentando abrir y entrar a la sala momentáneamente raptada. Por fortuna, la pequeña cadena no cedió y justo cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta, él consiguió abrir la suya, para acceder a aquel espacio tan deseado.

Alguien pudiera pensar que la montaña de zapatos encerrados crearía un ambiente irrespirable, pero para él no era más que un olor familiar y de ninguna manera desagradable; olía a zapatos, a cuero moldeado hasta darle vida, un olor dulce, penetrante, con reminiscencias de betún. Se acercó, observando lentamente aquella masa de forma cónica; caminó a su alrededor, tratando de descifrar el puzzle de colores, formas, tamaños, cordones y tacones. No había recorrido ni la mitad de su camino cuando los de afuera golpearon y empujaron cada vez con más fuerza la puerta, hablando e incluso gritando desde el exterior. Él sabía que disponía de poco tiempo, pero de pronto sus ojos le avisaron de que ya no necesitaba tantos minutos. Se clavaron en la montaña, a media altura, allí, tal y como él había vislumbrado frente a la pantalla de su viejo televisor, se asomaba la puntera azul de un zapato de mujer; era de cuero, con el brillo apagado por la historia y un lazo de raso colgando del empeine, haciendo las veces de cordón. Le temblaban las manos cuando se acercó y sintió reparo, y un cierto pudor, al profanar aquella pirámide sagrada que tanto simbolizaba. Por ello tiró del zapato con delicadeza para provocar el mínimo destrozo en el entramado de la figura ascendente.

Allí estaba de nuevo, después de tantos años; un número treinta y cinco, delicado y con una hechura sublime. Los había reconocido de inmediato por el dibujo grabado en la puntera y el lazo de raso, del mismo azul cian que el cuero, trenzado para cerrar el empeine rematado con una lazada doble. Un tacón Luis XV daba el último toque de envergadura a la pieza, que en manos de aquel hombre parecía retornar a su verdadero valor, dada la delicadeza y el respeto con el que el anciano lo manipulaba. Transcurridos unos segundos del reencuentro y ante los golpes e intentos que desde fuera realizaban para irrumpir en la sala, el hombre comenzó una nueva búsqueda, esa vez algo menos cuidadosa, removiendo en algunos rincones, sintiéndose cada vez más ansioso por encontrar la pareja de



aquel tesoro. Él sabía que estaba allí, porque en otra toma de la televisión creyó descubrir un segundo tacón azul asomando entre un par de botas.

Los golpes desde la entrada estaban dando su fruto y por el rabllo del ojo vio cómo una pertinaz y traicionera cizaña se colaba por una rendija, que quizás habían abierto en la puerta. El corazón trepidaba mientras una mano aferraba el zapato encontrado y la otra removía los demás. Con los ojos nublados, detestaba que los años hubieran pasado hasta hacerle fallar su visión, que tanto necesitaba en aquellos minutos efímeros pero trascendentes; quizás no eran los años, sino la ansiedad, el nerviosismo, verse condenado a un nuevo fracaso, el más grande de su vida al volver a perder lo que más quería y la oportunidad que le brindaba aquella sala de recobrar simbólicamente parte de lo escapado y, así, cauterizar heridas y ultrajes del alma.

La endeble cadena cedió ante la presión de la pernicioso herramienta; la puerta se abrió para dar paso a innumerables personas, entre las que se encontraban dos guardias de seguridad, guías, visitantes y una de las directoras del museo. Al principio, se quedaron sorprendidos al ver la puerta del escaparate abierta y con cautela se acercaron, profiriendo toda clase de órdenes y amenazas para que el supuesto delincuente cesara en sus intenciones; al comprobar que se trataba de un anciano, que parecía mirar y rebuscar en aquel montón de zapatos, los guardias se envalentonaron y penetraron en la sala acristalada. Sin contemplación alguna, se abalanzaron sobre el hombre, que lo único que pudo hacer fue asir contra su pecho el zapato encontrado, mientras los guardias, apresándolo por los brazos, lo arrastraron fácilmente hacia fuera. El anciano rezumaba desesperación; al llegar a la puerta y recibir la mirada inquisidora de la directora, extendió su mano mostrándole aquel zapato azul.

—¡Era de mi esposa, tengo que encontrar el otro, era de mi esposa...!

Ella observó aquel zapato del número treinta y cinco, y un poco más arriba, sobre el antebrazo desnudo, al ser arremangado por los tirones de los guardias, descubrió la indeleble marca de la desgracia; un número ocho asomaba tatuado sobre la acartonada piel. La mujer miró al hombre y supo que aquellos ojos necesitaban encontrar el otro zapato. Ordenó a los guardias que lo soltaran y obedecieron, no sin mostrar cierta reticencia. Todos contemplaron cómo el anciano suspirando de alivio y con los ojos llorosos entraba de nuevo y recorría el amasijo de zapatos, hasta que unos minutos después y templada la mirada acertó a ver aquel tacón azul en un lugar donde ya había creído buscar anteriormente. Los espectadores contuvieron la respiración y nadie osó enturbiar aquel emocionante reencuentro de un hombre con un par de zapatos. Cuando los juntó entre sus manos, sintió el alivio de todas las personas que allí se encontraban.

Eran los zapatos de Ewa, su esposa; lo sabía bien, porque fue él mismo quien los confeccionó minuciosamente. Cada año, acercándose la celebración de San Crispín, diseñaba y creaba un par de zapatos, especiales, un único modelo que después envidiaban todas las clientas de su zapatería, pero que tenían como destino los pequeños y delicados pies de su mujer. Le costó meses encontrar una pieza de cuero azul semejante al color de los ojos de su esposa.

El veinticinco de octubre de mil novecientos cuarenta y uno, Ewa recibió como regalo aquel precioso par de zapatos para celebrar la festividad de los zapateros, sintiéndose orgullosa del oficio de su esposo y deseosa de estrenar aquella obra de arte, muy a pesar de los tiempos que corrían. Salieron de su casa con intención de encontrarse con unos amigos

del gremio y celebrar el día como acostumbraban cada año. Ewa deslumbró a su marido con un sencillo vestido de gasa y aquellos zapatos que la mostraban elegante y especial, tal como era ella. El camino fue plácido entre risas y confesiones de admiración, pero al dar la vuelta a la esquina el mundo dio un giro de ciento ochenta grados y su vida se transformó para siempre.

Un camión de soldados se encontraba en medio de la calle y varias personas se agrupaban al lado de una pared, respondiendo agitadas a las preguntas de los militares que con gritos y aspavientos iban subiéndolos al interior del vehículo. El matrimonio se agarró fuertemente de la mano y trataron de continuar su camino empequeñeciéndose, por dentro y por fuera, para pasar desapercibidos, pero una voz férrea y tenaz les obligó a detenerse. Se miraron a los ojos y supieron que ya nada sería igual. Al momento, ellos también formaban parte de la expedición, que se convirtió en un largo viaje de casi tres días hasta llegar a su destino final. En la entrada, mientras los separaban en grupos de hombres y mujeres, en medio del caos existencial y la locura, Ewa vio a aquella elegante señora saliendo de un edificio situado al lado de donde se encontraban; sin pensarlo dos veces, se acercó sigilosamente aprovechando un descuido de los soldados, para mostrarle sus zapatos y decirle que su marido era uno de los mejores zapateros del país, a la vez que lo señalaba con un dedo esperanzador. Un soldado la obligó a empujones y golpes a volver a la fila, pero las palabras ya habían dado su fruto. La mujer se había quedado extasiada ante aquellos zapatos que miraba con envidia y ordenó algo a los soldados, que inmediatamente rescataron al esposo de Ewa de la fila de los hombres, en la línea de un destino equivocado. Él la miró, y sólo aceptó su suerte creyendo que de aquella manera podría llegar a ayudar a su esposa.

Esa esperanza albergó durante los casi cuatro años que siguieron, trabajando horas interminables, fabricando los zapatos más exclusivos para oficiales y esposas, acordándose de su padre, también zapatero, al que de chico observó trabajar sentado en la banqueta hasta cerrársele los ojos de tanto ver, siempre escuchando sus palabras sobre lo sacrificado del trabajo de hacer un buen par de zapatos. Pero el sufrimiento fue en vano, porque nunca más contempló los ojos azules de Ewa a juego con los zapatos de cuero; esa fue la última estampa que guardó de su mujer.

Aquella mañana de primavera, después de tantos años, recién llegado a la estación de Oswiecim, con el firme propósito de recuperar los zapatos vistos en la televisión, creyó no encontrarse en el sitio indicado, pues el lugar se había transformado en una idílica campiña verde, salteada de amapolas y rodeada de bosques, que perfectamente podían componer la foto de una postal turística. Pero, unos metros más lejos, los edificios de ladrillo, las alambradas, los barracones de madera y los letreros le dieron la amarga bienvenida a su recurrente pesadilla.

Ninguno de los presentes se atrevió a arrebatarle al anciano los efectos personales de su esposa, que reposaban tras un cristal en una de las salas del Museo Estatal del Holocausto en Auschwitz, donde una montaña de zapatos recordaba los millones de personas descalzas, víctimas del sinsentido y la barbarie.

El zapatero, que entonces logró sobrevivir al campo de exterminio gracias a sus talentosas manos creadoras, salió nuevamente por la puerta, sosteniendo ceremoniosamente los últimos zapatos que su mujer utilizó. El cuero azul bañado por la luz del sol recobró el color y el brillo de los ojos de Ewa.